



SIMBOLISMO E IDENTIDAD EN LA NARRATIVA BORGIANA

María Beatriz Balcázar Trujillo

Es necesario conocer los diferentes análisis que se han realizado en torno a la narrativa del escritor argentino Jorge Luis Borges, ya que esto nos lleva a una mejor comprensión de su obra literaria, donde señala los planteamientos filosóficos que atañen al ser humano, como son el simbolismo y la identidad. Comencemos por analizar el concepto de lo simbólico como lo plantea Néstor García Canclini, cuando establece que para: “Construir un nuevo aparato conceptual: el recurso clave para lograrlo es examinar las prácticas artísticas como parte de la producción simbólica. Los problemas de la significación y de lo simbólico... han sido tratados por varias corrientes filosóficas y las ciencias sociales”.¹ Asimismo, agrega que para comprender “el sentido social de una obra de arte es preciso entender las relaciones entre los componentes del campo artístico, la inserción de este campo en el conjunto de la producción simbólica en la totalidad social”.²

Hoy, sin duda, la posibilidad de descubrir mundos nuevos desde lo simbólico implica un desafío para el lector, toda vez que está ante la posibilidad de enfrentarse a la obra artístico-poética, ante la cual el escritor alemán Johann Wolfgang Goethe, admirador de los pintores holandeses, especialmente de Rembrandt y Ruisdael –a quienes califica de “artistas pensantes”–, considera que: “El artista,... ha aprehendido, de manera asombrosa y espiritualmente rica, el punto donde converge la fuerza de la producción con el entendimiento puro y entrega al espectador una obra de arte que alegra la vista, convoca al sentido interno, despierta la memoria y, por tanto, expresa un concepto, sin disolverse en ello. Esta forma artística logra un *Simbolismo perfecto que a un tiempo nos divierte, instruye, refresca y vivifica*.”³ Para entender lo planteado por García Canclini y Goethe, debemos internalizar que ambos tienen un

concepto amplio y universal sobre el simbolismo, lo que explicaré a continuación.

El análisis desde lo simbólico en la *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*

Contextualizando los conceptos antes citados, podremos experimentar momentos sublimes en la obra narrativa de Jorge Luis Borges; para ello, es necesario decodificar algunos símbolos, en relatos tales como: *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*, del escritor argentino, quien inicia su relato con un epígrafe en inglés que indica una sentencia, la cual traducida al español se puede leer o interpretar así: “Ando en busca de la cara que yo tuve, antes de que el mundo fuera hecho”. Esta cita es atribuida al poeta y dramaturgo irlandés William Butler Yeats.⁴

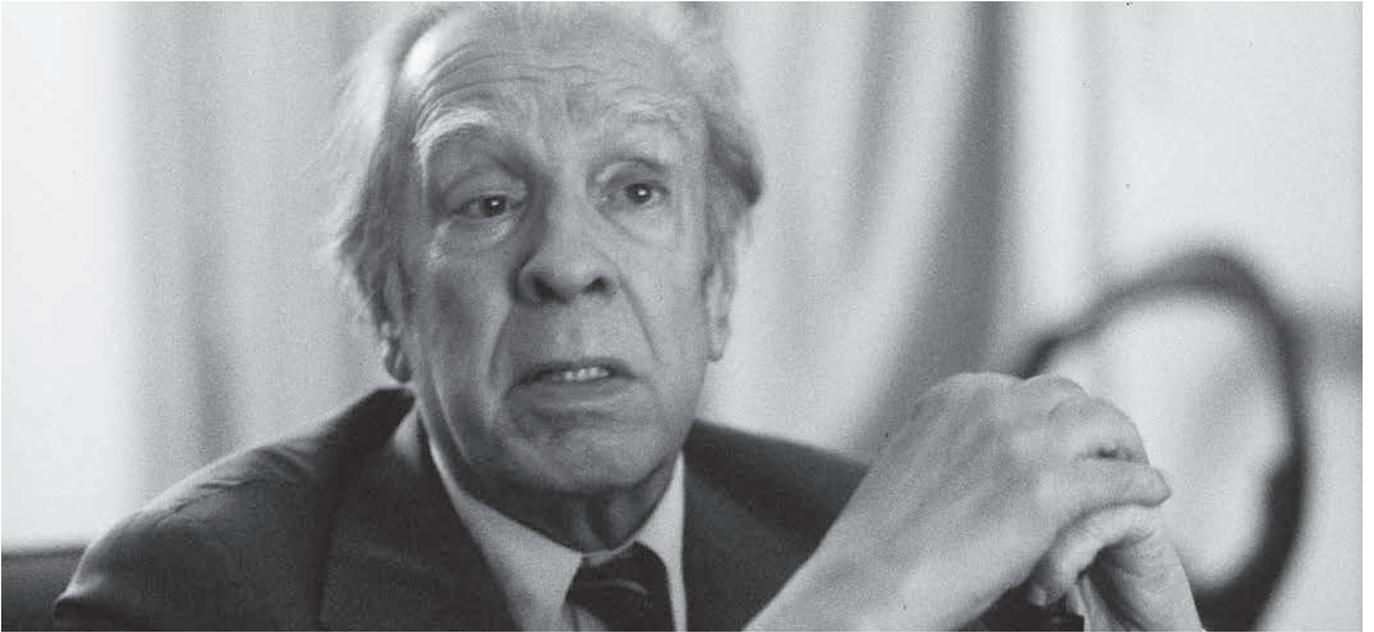
Dicha sentencia encierra uno de los planteamientos filosóficos que subyacen en el argumento del relato, donde el escritor argentino concentra el enigma de la identidad, al que relaciona con un acontecimiento histórico; asimismo, recapitula en uno de los hombres llamados “montoneros” (aludiendo a Tadeo Isidoro Cruz), considerado como uno de los guerrilleros que se incorporaron a los movimientos independentistas de la Argentina del siglo XIX (nombre retomado por los jóvenes rebeldes que se integraron a las filas del movimiento de Liberación Nacional, hacia los años 70 del siglo pasado en este mismo país). Al parecer, Borges insiste con sus protagonistas en la idea de que el hombre, en esa búsqueda del otro, desconoce su verdadero “yo”. Con la intención de reencontrarse, su personaje sigue una ruta, junto con otros, desde el sur, para incorporarse a la división de López (reconocido en el ejército y con un alto rango), muriendo más tarde en las guerras del Perú y Brasil. El montonero deja encinta a Isidora Cruz, dando ésta a luz al que se convirtió en el mítico personaje de Tadeo Isidoro Cruz, el cual confluye con el destino del gaucho, campesino identificado con las pampas, específicamente de la Argentina, que cuidaba el ganado enviado de Europa para ser alimentado y multiplicado en

¹ Néstor García Canclini, *La Producción Simbólica, teoría y método en sociología del arte*, México, Siglo XXI, 2010, pp. 14-38.

² *Ibidem*.

³ Diego León, Arango Gómez, Javier Domínguez Hernández et al., *La crítica de arte. Entre el multiculturalismo y la globalización*, Colombia, Editorial La Carreta del Arte, 2008, p. 115.

⁴ Jorge Luis Borges, *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)*, El Aleph, México, Ed. Emecé, 1992, pp. 114-115.



las extensas llanuras rioplatenses. Muchos de estos campesinos fueron producto de la importación de esclavos africanos para trabajar en las grandes haciendas, permitida por la metrópoli española hacia los siglos XVIII y XIX. Este personaje, el gaucho, se desarrolló como un jinete diestro y con gran dominio en los trabajos de los llanos de la pampa. Asimismo, debió enfrentar un mundo de barbarie donde muchos de ellos murieron sin conocer la ciudad: “no había visto jamás una montaña, ni un pico de gas, ni un molino”.⁵

Al transcurrir el relato, durante ese tiempo poético, se viaja en forma retrospectiva hacia veinticinco años atrás; este hecho, se retoma con la finalidad de hacer sobresalir un acontecimiento importante en la vida de Tadeo. Es mediante estas acciones que el narrador realiza una transmigración de personajes como el de Isidoro Tadeo Cruz, con la figura mítica y simbólica poética del combatiente independentista del siglo XIX, Martín Fierro, quien resaltó (héroe anónimo) en las primeras luchas de liberación. Tal hecho se comprueba cuando en el texto podemos identificar el verbo “fue”, donde el protagonista aparece en la capital Buenos Aires, junto con su tropa. Esto nos permite advertir la conjugación del protagonista con un acontecimiento histórico-literario y poético, retomado con el mito del eterno retorno. Al final del relato, el narrador integra nuevamente a Martín Fierro, considerándolo símbolo de un valeroso acto humano y, repetimos, identificándolo con Isidoro Cruz, a quién por sus acciones el autor lo personifica en la trama que narra y lo constituye como el personaje simbólico del siglo de la primera liberación de su país, el siglo XIX.

En Isidoro Tadeo, se emulan muchos de los hechos históricos pareciendo que tienen los mismos destinos del luchador que busca liberarse de los problemas de explotación. Esa realidad sintetizada en la historia se confirma cuando se lee: “...porque los actos son nuestro símbolo. Cualquier destino por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento en el que el hombre sabe para siempre quién es”.⁶ Al respecto, Ana María Barrenechea agrega en cuanto a los actos y las vidas simbólicas de los protagonistas: “Un acto de (Tadeo Isidoro) Cruz es símbolo y clave de su vida, pero a su vez esta criatura de ficción es símbolo de los argentinos y del hombre hispánico con su radical individualismo, al fin del hombre que Borges es y que quisiera que fueran todos los hombres (17): El haber elegido la pelea de Cruz en defensa de Martín Fierro, trae el prestigio de la obra en que todos los argentinos se reconocen y además la forma agreste y elemental del coraje en el duelo cara a cara de hombres y de cuchillos.”⁷

Borges, en sus construcciones literarias, plantea un infinito número de mundos complejos tanto en su poesía como en sus prosas. La belleza simétrica reproducida innumerables veces en las ficciones laberínticas encontradas en tableros de ajedrez, juegos que permiten ensayar las partidas y variantes que posee el infinito. Así como la sustancia misma del tiempo narrativo. Pensemos en los catálogos simbólicos que dan forma a *El inmortal*, *El Aleph*, *Deutches réquiem*, así como en otros autores y sus obras, como Arreola en *El Guardagujas*; Rulfo y su *Pedro Páramo* y *Luvina*; *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa; los

⁶ *Ibid*, p. 58

⁷ Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, Lengua y Literatura. Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina, Argentina, 1984, p. 55.

⁵ Jorge Luis Borges, *op. cit.*

textos de García Márquez, como *El ahogado más hermoso del mundo*. Autores a quienes leemos y vemos cuánta certeza descubrimos, tomando como referente la estrofa de uno de los poemas de Borges, donde expresa:

Detrás del nombre hay lo que no se nombra;
Hoy he sentido gravitar su sombra
en esa aguja, lúcida y leve
que hacia el confín de un mar tiende su empeño,
con algo de reloj visto en un sueño
y algo de ave dormida que se mueve. (Una brújula)*

Eso que no se nombra es todo aquello que conforma la identidad. Veamos qué entiende Julio Ortega por identidad: “A partir de las raíces etimológicas de *identidad* (que suponen lo mismo por un lado y *sí mismo* por otro.)” Al respecto, Paul Ricoeur ha postulado dos lecturas de la noción de identidad: por un lado, la identidad de lo “idéntico” (originada en “idem”) y, por otro, la identidad del “sí mismo” (*selfhood* en inglés), y todos los ancestros, en la búsqueda de esa identidad y en algunos personajes históricos.⁸ Tal es el caso de Borges, como lo advierte Julio Ortega: “Si Foucault hubiese seguido su exploración de Borges más allá de la arbitrariedad de toda clasificación, podría haber visto que el sujeto no es sólo creado por su posición en el discurso sino desde los cortes de la intradiscursividad, allí donde la identidad borgiana es un proyecto de reescritura radical del “mundo” sobrecodificado.”⁹

La concepción de identidad en los caracteres de los protagonistas de sus relatos con relación a algunos personajes de sus parientes, reafirma su necesidad de revelar tal inquietud,¹⁰ es el caso en donde el narrador involucra al coronel Francisco Isidoro Borges en el poema titulado *Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges (1835-74)*, que señala lo siguiente:

Lo dejo en el caballo, en esa hora
crepuscular en que buscó la muerte;
que de todas las horas de su suerte
ésta perdure, amarga y vencedora.
Avanza por el campo la blancura
del caballo y del poncho. La paciente
muerte acecha en los rifles. Tristemente
Francisco Borges va por la llanura.

Así como también en otro de sus poemas titulado: *Junín*, donde se dirige de manera enfática y emotiva a su difunto abuelo, escribiendo:

Vuelvo a Junín, donde no estuve nunca
a tu Junín, abuelo Borges ¿Me oyes,
sombra o ceniza última, o desoyes
en tu sueño de bronce esta voz trunca...?¹¹

En las estrofas citadas se aprecia poéticamente el recuerdo del abuelo, con su caballo que montaba para combatir por la independencia de su país, al que destaca por su tono blanco al igual que el poncho que llevaba puesto el jinete; lo distingue con las evocaciones de admiración y manifestaciones patrióticas, sin olvidarse de los otros combatientes argentinos durante ese largo período de luchas internas entre los unitarios y los federales, que fueron agravadas por la intervención de la Gran Bretaña y Francia, que ambicionaban controlar el territorio. “En 1806 los bonaerenses o porteños rechazan una invasión inglesa. En 1810, declaran la Independencia. Por obra de la lucha en suelo español contra los ejércitos napoleónicos y también de la distancia no hay intentos de reconquista”. Este periodo se cerró con la derrota del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, hacia 1852, cuando en esas luchas el abuelo de Borges “busca la muerte”. “Tristemente Francisco Borges va por la llanura... Está en lo cotidiano, en la batalla”.¹²

Conclusión

El problema de la identidad no es exclusivo de la nacionalidad argentina de Borges, fue necesaria conquistarla para todos los latinoamericanos que lucharon por su independencia mientras fueron colonia de la metrópoli española, y luego de conquistada la soberanía, debieron oponerse además a la ambición de otros imperios europeos que quisieron apoderarse en este caso de la nación argentina, por su posición estratégica y la riqueza de sus tierras y sus minerales.

Despojarlos de sus tierras y además de su identidad ha logrado que los latinoamericanos sigan en permanente lucha para no volver a ser colonia de otro imperio. Es por ello que Jorge Luis Borges desarrolló una serie de obras narrativas en función de una obra liberadora y alusiva a dicha temática. ☒

⁸ Julio Ortega, *El principio radical de lo nuevo. Posmodernidad, Identidad y Novela en América Latina*, Ed. FCE-Tierra Firme, Perú, 1998, pp. 16-20.

⁹ *Ibid.*, p. 20.

¹⁰ Arturo Marcelo Pascual, *El Lector de... Jorge Luis Borges*, España, Ed. Océano, 2000, p. 171.

¹¹ Jorge Luis Borges, *Nueva antología personal*, Siglo XXI editores, La creación literaria, México, 2009, (1968), p. 16.

¹² José Emilio Pacheco, *Jorge Luis Borges. Una invitación a la lectura*, México, Hoja Casa Editorial, S.A, 1999, p. 49.

María Beatriz Balcázar Trujillo (Ciudad de México, 1952). Mexicana, egresada de la Universidad Pedagógica Nacional de México a nivel de maestría y del claustro de Sor Juana a nivel de licenciatura. Catedrática de literatura en la Universidad Autónoma Chapingo. Ha publicado poesía y ensayos en revistas universitarias. Asistente a Congresos de Educación, de Literatura y de Historia del Arte, en Utah, EEUU, en México y Puerto Rico. Ha recibido reconocimientos y premios por su destacada labor académica y pedagógica. Establece enlaces culturales entre México y Puerto Rico.